

Pablo Menacho

Canción sin nombre y otros poemas



La Rama Dorada

EDICIONES LITERARIAS



PABLO MENACHO

Canción sin nombre
y otros poemas



La Rama Dorada

EDICIONES LITERARIAS



CIUDAD DE PANAMÁ
2001

Canción sin nombre y otros poemas

© Pablo Menacho, 2001.

Primera edición:

La Rama Dorada Ediciones Literarias, 2001.

Portada:

Ernesto García Peña. *De la serie: Entre Dos.*
Óleo sobre lienzo, 1996.

Asesoría Editorial:

Manuel Orestes Nieto



P.
861

M52 MENACHO, Pablo

Canción sin nombre/ Pablo Menacho; ilustración de Ernesto García Peña. —Panamá: La Rama Dorada Ediciones Literarias, 2001. 72 p.; 21 cm.

ISBN 9962-8801-2-2

1. LITERATURA PANAMEÑA-POESÍA

2. POESIA PANAMEÑA

I. García Peña, Ernesto II. Título.



Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo autorización del autor.

ISBN 9962-8801-2-2

Impreso en Panamá

Canción sin nombre



*Jo vianant d'amor si tu ets el meu viatge
i assedegar-me del tot si tu ets la meva font.*

Lluís Llach

Un mundo de sentidos
y el corazón que reposaba
sobre el horizonte de la espera.

Era silencio en la fuente de la vida:
anunciación de días nuevos y despedidas.

El territorio indómito e incierto
de un amanecer irrealizable entre su pecho.

Allí la vida fue más densa
cuando la tempestad apenas asomaba
y todo era su cuerpo, paseando sobre el viento
de un sol más cálido y más claro.

En fin, más negro.

Ella baila como bailan las miradas
que aún la miran.

(Bajo su falda aún se oculta la otra espera.)

Baila esa danza extraña
que tienen los mares en la costa:
su corazón presentía el latido de la presa
que caería vencida
cuando el cazador la acechara con su ronda.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Serían también las dudas.

La hora inexacta y tardía de la vida
que reclamaría los besos de una tarde
inexistente
y sería el amor
que recuperaba los espacios esenciales
donde la guerra era otra y otra sería la paz.

La sombra de los sauces y la tarde
llevaban su nombre en los costados.
Era el verbo
cuando el silencio asomaba sobre el canto
de su cuerpo en primavera.

Aquí
los huesos crujían bajo la fiebre
de una fuerza inexplicable y pura,
donde todo nombre fue borrado ya
de los sentidos
y así permanecemos
a la espera de cumplir con todos los deseos.

CANCIÓN SIN NOMBRE

No será ya un poema cursi:

La vida llenaba los espacios
y la marea siempre agreste de los mares del sur.

Una voz desgarraba el horizonte,
incendiaba los follajes de un asombro silvestre,
aún no tocado.

Y los pasos de los hombres
— lentos pasos míos de tanto desandar la muerte —
caían vencidos al borde de la noche.

Pesaban, entonces, la noche y la ciudad.
Fría oscuridad sobre una piel sin nombre
y sin palabras.

Aquí dormía el mundo
mientras la soledad de los fieles amantes
se regocijó en las sábanas inciertas del amor.

La vida crecía como crecían los hombres
en utopías que caen y renacen cíclicamente
despeinando su cabello.

Mañana habrá nuevas batallas
en los ojos del mundo
y las noticias otra vez serán amargas,
como siempre.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Pero entonces, sólo su piel era el territorio
del combate eterno:
la cruz que pesa menos que la duda.

Alucinación cotidiana del mundo:
Piedra misma y otra.
Movimiento.

Alianza del universo y su creación.
Pregunta y certidumbre.

El hombre aguardaba aún que la paz
fuera hecha por el hombre
una mañana antes de que el holocausto
resultara impostergable.

CANCIÓN SIN NOMBRE

*«Ladran los perros —escribía—
y la calle conduce como aguas a la gente
hacia otro lago u otro mar inabarcables.
Los periódicos han de hablar hoy
de nada edificante».*

Esa era la costumbre.

Sólo el amor creció en ella como en la guerra
a la espera de que terminara, por fin,
la incertidumbre.

Afuera, volaba un ave en su cabello
cantando una canción sin nombre
por nosotros.

Era un vicio tener los ojos despoblados
e insomnes
perseguidos por la insensatez de tanta espera.

Yo insistía en la hora menos inhóspita del día:
la que era aire de un silencio gris
y la luminosa oscuridad de unas manos
que no tocaban el gesto y su locura.

La misma hora que marcaba
la estocada del adiós
sobre la frente de los viajeros, aún felices,
donde las letras dibujaban
el cuadro de hormigón de las metrópolis
y formaban la palabra ya deseada
del encuentro que se anhela
o la lúgubre visión
de una despedida impostergable.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Ya no será nuevo el mundo
cuando la sonrisa avance una vez más
sobre la cuesta de esa hora.

Será un mirar ajado por los años,
marchito ya por las estaciones recorridas.

La miraba danzar la danza interminable
y ascender por el aire en el vuelo de las faldas.
Ser espacio y escenario
de una sensación que se olvidaba.

La miraba sonreír con la luna
floreciendo sobre el rostro,
lejos de los vestigios que deja el amor
y sus recintos.

La miraba ser otra vez lo nuevo y lo deseado,
la imagen inacabada de una pesadilla
que llegaba a esta orilla del océano
y de sus rocas.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Sin embargo,
ella se ocultaba en el velo de la lluvia
y sonreía con la complicidad
de los que se transparentan en el aire.
Es probable que formulara sus preguntas
a la piedra negra y dura
de sus recuerdos más recientes:
¿Será la noche en la memoria del desvelo?
¿cuerpos adentro de los cuerpos, sólo idea?

O fue, tal vez, la presencia inexpresable
de tantas palabras
que sonaban a mayores, en silencio.

Pero no eran nunca más los espacios
que con urgencia reclamaban la confusión
y los misterios.

Ahora, tendrá acaso el nombre
de la octava reencarnación de Visnú,
el conservador del mundo
—según se escribía en los libros de los mitos—,
y la edad que hacía el promedio
de las dos edades,
la cifra incierta de quien esperaba un tren
en los andenes.

Tendrá vestidos de muchos colores diferentes,
todos vivos.

Pero tendrá también uno opaco de uso diario
y el amor con su miedo atroz a reincidir
en medio de un debate de milenios.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Era el fuego de unos ojos
aproximándose a la tierra
y, en el fondo,
un universo que se desvanecía
por la bruma de un aire enrarecido.

Afuera,
la luz viajaba a través de los espacios,
irreconocibles aún por tantas tempestades;
y dije:
*«Sólo los presagios de su piel
conocen de esta duda interminable».*

Así, oscureció de pronto
en tanto océano de estrellas,
como si se tratara de una sensación
desposeída y triste
que luego fue la luz indefinida
de los sueños.

Extraños conocidos nos miraban
vestidos al fin con nuestros rostros.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Su piel reconocía
los oscuros territorios,
como una noche que se abría
cual una boca muy profunda
y las voces dejaban tras de sí una huella
amarga y dulce,
silvestre y gris como las mareas del invierno.

De pronto,
se borraron los colores
y nos confundimos inevitablemente
con los otros.

Cuando despierte
su voz tendrá el color de los tomates,
que es como la sangre que corría
en el fondo de los cuerpos
donde el tiempo, siempre urgente,
llegaba ha exigirnos sus espacios.

Los rostros aún aguardan la sonrisa
que abandonamos en una vieja fotografía
gastada ya por el paso de los años.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Podría decir, ahora: «*¡Quiero verte!*»
y todo pareciera resumirse
a buscar el amor por las paredes,
a esos sueños de los otros
que siempre nos miraban
rendidos ya por el transitar de las edades.

Y así, la razón ya no es otra
que caer derrotados por la historia,
esa historia que hizo que los sueños
fueran menos nuevos para el hombre.

De allí, su rostro,
enardecido y apagado por una espera inútil,
tan malquerida como la tierra nuestra
que a veces no reconocemos
en los rostros de la gente.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Eran sus ojos
que el llanto maquillaba
de una desolación no presentida,
irremediable como la propia muerte.

Traían la oscuridad hasta mis ojos.

El niño aquel nos presentía
y ofrecía rosas rojas, marchitas, a sus manos.
Ella sonreía sin saber aún del holocausto
que finalmente ya se aproximaba.

Y lo suave de la piel
se desvestía en una caricia nunca realizada,
convertida sólo en gesto del adiós.

Mientras tanto,
la vida continuaba.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Y no he de tocar sus muslos ni sus senos.
Ni será el amor un juego de placeres compartidos.

Sólo el mundo,
a través de las ventanas, lo sabía.

Poblados de interrogaciones
— como estamos —
desandamos la ciudad
transmutada en una orgía de caníbales.

Tú corrías
y los brazos que entonces te esperaron
fueron desvaneciéndose ya
por lo evidente:
la duda se establecía en la mirada,
el titubeo inútil de la voz,
y todo fue una triste canción de despedida.

Lo sabías bien y lo negabas.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Pero ahora,
que tiene el nombre que es otro nombre,
no habrán flores en las flores
y no habrá amor.

Nada.

Lo resumimos todo
en una prisa inexplicable
por abarcar el mundo,
la vida,
los años luz en que viajamos en silencio.

La urgencia nos atropellaba
y así pudimos ver un eclipse diferente.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Hoy, si la culpa se calza
nuestros pasos,
es el hambre congregada
en aquellos que sufrían en silencio
la percepción sutil del universo
y ese amargo sabor de las mañanas
en el Trópico.

Era como dormir en un sitio ajeno
y que nos cansa,
aguardando aún por las respuestas
lanzadas al azar hacia la vida.

No serán igual que estos días
construidos ya por tantos años,
sólo el tormento después de una tormenta
inevitable
que arrasó para siempre con el alma.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Hará falta guardar silencio
cuando aquellos que antes nos veían
nos pregunten ahora por el tiempo.

Nada tenía la medida
que precisaban los elementos primordiales:
una sonrisa
con los pétalos de aquellas rosas
que entonces fueron rojas,
las palabras que aún son truenos
perturbando la racionalidad del universo
y la voz de un niño que gritaba: «¡Ven!»

Por eso, los pasos otra vez
se apresuran a tantear el borde del abismo
mientras siga la duda, persistentemente,
en la memoria.

¿Qué será de los relojes
dislocados finalmente por la luz?

CANCIÓN SIN NOMBRE

Al final,
estará descifrando la luz de aquellos días
soleados y azules que pintara
en otra época Velázquez.
Lejos de la ciudad
y, sin embago,
tan dentro de ella misma.

No esperará más
—la distancia se habrá hecho larga
con los días—.

Luego, será tarde recomenzar.

Porque este mundo de creencias
que ahora descreemos
se ha ido desmoronando lentamente
en guerras inútiles e insalvables
donde la pasión fue fundando
la oscuridad de sus dominios.

Los gestos que marcan la derrota
no reconcilian la paz
que con tanto afán nos propusimos.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Sí o no, y viceversa.

Ese era el conflicto:
no saber donde tocaban las manos
la puerta de los sueños,
que se desvanecía inexorablemente
detrás de la ventana.

Cuando la vida nos reclame los impulsos
y todo acabe irremediablemente
habrá un día último donde los golpes
ya no puedan derribarnos.

Un día luz, donde el laberinto sea descifrado
y la luminosidad de los amaneceres
nos recupere del abismo y los conjuros,
donde el incendio ya no llegue a devorarnos
y el agua no ahogue los respiros.

Cuando, finalmente, el holocausto se aproxime
estaremos detrás de los espejos,
reflejos ya de un mundo en las tinieblas,
ajenos a nosotros y a los otros.

Lejos, sí, de todos los deseos y esperanzas.

Los grandes espejismos



CANTO PRIMERO

Inicio el viaje a tus pupilas,
al verbo y a la luz que lo habitaba
en aquellos largos inviernos
sembrados de siluetas por la lluvia.
Hacia esas calles confusas y grises
de las grandes ciudades
cubiertas de máscaras indescifrables y tristes
donde borraría los rostros que la brisa dibujara
y los nombres todos,
dispersos aún por las paredes
de los viejos edificios.

Inicio el viaje aquí,
en este rincón del mundo que teje
y desteje el viejo chal de quien espera.

(Todavía hoy,
con nuevos y solemnes vestidos,
los viejos navegantes atraviesan este mar
y aguardan el amanecer sobre sus olas,
siempre despeinadas
por el viento del nordeste.)

CANTO SEGUNDO

Si el universo cantara en tus rincones,
como este mar
que canta en tu costado,
rebosante de peces de mil colores serpenteantes...
Tibia ilusión de horas deshojadas de recuerdos
y, sin embargo,
alegres y festivas como los atardeceres del verano.

(Era el estío y el hastío que llenaba de voces
los rincones del espejo,
los aposentos todos
cargados de un sopor insoportable,
donde la ciudad desdoblaba su rostro
de cenicienta inmaculada y gris,
como las estatuas de sus próceres.)

¿Qué caminos cabrían en un corazón hambriento
de luciérnagas?

CANTO TERCERO

¿En qué costado del mundo dormía tu nombre,
siempre innombrable,
que convoca los grandes espejismos?
¿Qué sueños sembraban de caricias
la tibieza de tu cuerpo
desnudo y destellante de nuevas marejadas?

Éramos, entonces, exiliados de otras vidas
y, sin embargo, danzas ann sobre las miradas
del insomnio.

¿Qué hora marcarán ahora los relojes de Bruselas,
tan lejos de este trópico y su mar?
¿Qué hora tocará el deseo
en el marasmo de una noche convertida
en la nueva fundación del universo,
ya no caos ni remolino,
sino delirios que tantean el gesto apasionado
de esta playa y sus orillas?

CANCIÓN SIN NOMBRE

¿Qué música podría evocar
las sombras de esta luz
en este planeta verde y agreste
donde el amor establece sus recintos?

Y, al final, cuántos kilómetros faltarían
para culminar el viaje
que iniciara a tus pupilas,
si siempre regreso a los desvencijados atardecidos
de la lluvia
y a tus calles despobladas de sus alegres vestiduras,
donde el hambre, aún, sigue asentando
sus dominios.

Reinvención del territorio



1.

Los días eran espejos transparentes
sobre tus ojos siderales,
escrituras en una piel concebida
para todos los sentidos
donde el poema cobraba formas nuevas
y espesuras.
Sembradíos del nombre
que la pasión acogía sobre el tálamo
dispuesto al banquete de los nuevos desposados.

Los días eran resguardo de malos presagios
y buenas providencias,
el cuchillo de la tarde sobre el mantel del agua
tiñendo de un silencio amargo y gris
las voces de los desvelados,
dibujando los paisajes y sequías
en el reciente vecindario,
el duro signo de la soledad sobre la mirada
del ausente.

(Las noches, tu cuerpo cobraba brillos
nunca vistos y colores.
Era la hora que llegaba
para el festín que anunciaban
los otros espejismos.)

2.

Dadme los alimentos y el aliento,
el pan y sus levaduras más elementales,
el signo más nuevo,
que viajo a través de viejos trenes
con sus antiguas linternas y estaciones.
Es el regreso de sueños cabales y escrituras.

Bajo la sombra del almendro atolondrado
del domingo
suena Bach con sus presencias,
la memoria y lo inmemorable
de los signos del eclipse.
(Eduardo conversa, aún, con Jacques
a través de unos años
ya borrados por la muerte:
sus canciones dibujaban arabescos
en medio de este invierno condensado
en las ventanas).

Empinada sobre el horizonte del planeta
la música tejía la red del firmamento
más fulgente.

Signos estelares evocaban los desgastados faroles
de los parques
y la mesa dispuesta de manjares
para la última ambrosía.

El mar era una alfombra tejida de luciérnagas:
tiempos en que la sed era la medida del agua,
el asombro de un milagro de estaciones
casi inalcanzables.

Dulce, escucho aún, la canción de sus sirenas.

3.

Estableceremos un orden que sea nuevo,
como elegidos a bordear el mar
y navegar sus singladuras.
(Somos viejos marineros
barrenados por la sal de la brisa
y la arena inabarcable de este sol).

Aquí, en la vida, la muerte cose agujeros
a la piel de los hombres:
es la podredumbre y sus misericordias.
¿Qué temblor podría sacudirnos
de tanta somnolencia?
¿Qué banderas silbarían un himno de Beethoven?

Somos la reinención del territorio
y de sus fieras
batidos sobre el campo del poema,
el asombro de un milagro de estaciones
casi inabarcables
donde cada elemento cobrará definiciones
nunca dichas.

Habrá que escribir cartas nuevas
—nos dijimos—
cuando la pesadilla acabe, finalmente.

Habrá que escribir cartas nuevas
deshaciendo el laberinto y sus delirios.

Serenas estaciones



Vivo de posponer la angustia
que corre como escarabajos adentro de la sangre,
con la muerte, siempre incierta,
que circunda el laberinto.

Vivo, oscuro camaleón de los sentidos,
en los placeres que desgranan
cada sueño interminable.

Reconociendo los rastros
que dejan la lumbre y el estío,
las viejas noticias de nuevos viajeros,
el cuadro intacto y luminoso
de una tarde tropical.

La misma tarde que borró la lluvia eterna
de todos los inviernos
derramados por los ojos de este mar,
más allá de la silueta de tu cuerpo
y sus vislumbres.

Guardo, sin embargo, la memoria
clavada al viento
de unos gestos improbables
y el amor que roza los delirios
en una mansedumbre de sábanas y piel.

Es la repetición
de la voz que trajo el sueño
para anunciar la costa de los hombres.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Nuestros cuerpos,
tragados por la luz del alba,
se han tejido de arrecifes,
marejadas
y pájaros cortando el cielo
como espadas.

Trazos que al final son los silencios,
la estación de la ternura
y un aluvión de signos precipitándose
a la vida
como una noche aún despierta
y deslumbrada.

Sin embargo, no es amable la palabra.
Y toco el acento gris
de los mares hibernales,
donde la claridad se hizo tropical
para cortar los cabellos del espacio
y acariciar la desnudez
de las ciudades que aguardan
—siempre—
serenas estaciones.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Porque echada está la suerte
y pocos invitados habrá para el convite.

Recuerda siempre el pensamiento aquel,
las nuevas señales y las mareas del Pacífico,
donde el amor hecho carne
ha venido a dibujarse
como una invitación abierta y transparente
que nos trajo el universo.

Allí construiremos —algún día—
la mansión más hermosa
que pueda edificarse para el hombre.

¿Qué devoción habría, acaso,
en los ojos que te miran
atravesar imágenes y nuevos arabescos?

¿Cuál sería el primer signo,
el mensaje impronunciado
que acercaría tu cuerpo a este puerto
bañado por las olas del deseo más intacto?

Soy, tal vez, el signo de una espera prolongada,
no la comparación descomunal
de dioses y mortales.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Ya no habrán caminos nuevos ni estaciones.
En Saintes se desplaza tu cuerpo,
gaviota alada
de este trópico silvestre.

Vendrás nuevamente, como todos los sentidos,
barrenando las nuevas singladuras.
Abierto el cuerpo al amor,
a la siembra de lo fértil y los marasmos.

Los nuevos sembradíos



Dame todos los latidos
y este rostro único y ajeno,
maquillado de palabras y silabeantes acantilados
que conquistan los cabellos de la luz.

La piel que es un paisaje prolongado
que reposa sobre el aire
y las fuentes,
dispersas por la tierra lejana y azul,
donde beberé despacio el néctar de tu cáliz
regocijado en los placeres.

Eres todavía un estallido inconjurable
en los adentros
y te nombro con el nombre
de una afilada orquídea,
un aciago temblor de los marasmos.
Y así, cercado de estaciones,
labro el silencio de un mundo agreste
con nuevos conjurados.

CANCIÓN SIN NOMBRE

Porque vendrán otras jornadas,
que reunirán la descendencia:
los seres que poblarán la tierra que dejamos,
los arrebatados soles que tiznan nuestra piel
y los inviernos.
Pero también, un cántaro de agua
y una hoguera, dulce y febril,
como el ardor de la poesía.

Y así,
sílabas cimbreantes,
recogidas en medio de la bruma,
desgranarán tu nombre
y luminoso para siempre
tu cuerpo se encenderá en la nocturnidad.

Mañana,
cuando el sol toque la medianía de la tarde,
abonaremos, dulcemente,
los nuevos sembradíos.

Índice



CANCIÓN SIN NOMBRE

<i>Un mundo de sentidos</i>	7
<i>Ella baila como bailan las miradas</i>	8
<i>Serían también las dudas</i>	9
<i>La sombra de los sauces y la tarde</i>	10
<i>No será ya un poema cursi</i>	11
<i>Pesaban, entonces, la noche y la ciudad</i>	12
<i>Alucinación cotidiana del mundo</i>	14
<i>Ladran los perros — escribía —</i>	15
<i>Era un vicio tener los ojos despoblados</i>	16
<i>Ya no será nuevo el mundo</i>	17
<i>La miraba danzar la danza interminable</i>	18
<i>Sin embargo</i>	19
<i>Ahora, tendrá acaso el nombre</i>	20
<i>Era el fuego de unos ojos</i>	21
<i>Así oscureció de pronto</i>	22
<i>Su piel reconocía</i>	23
<i>Cuando despierte</i>	24
<i>Podría decir, ahora: «¡Quiero verte!»</i>	25
<i>Y así, la razón ya no es otra</i>	26
<i>Eran sus ojos</i>	27
<i>El niño aquel nos presentía</i>	28
<i>Y no he de tocar sus muslos ni sus senos</i>	29
<i>Poblados de interrogaciones</i>	30
<i>Pero ahora</i>	31

<i>Lo resumimos todo</i>	32
<i>Hoy, si la culpa se calza</i>	33
<i>Era como dormir en un sitio ajeno</i>	34
<i>Hará falta guardar silencio</i>	35
<i>Al final</i>	37
<i>Porque este mundo de creencias</i>	38
<i>Sí o no, y viceversa</i>	39
<i>Cuando la vida nos reclame los impulsos</i>	40
Los grandes espejismos	41
Reinvención del territorio	49
Serenas estaciones	57
Los nuevos sembradíos	67

Pablo Menacho

Canción sin nombre y otros poemas

Nació en Chitré, Provincia de Herrera (Panamá), en 1960.

Ha sido miembro del consejo de redacción de *Letrabierta [Carta de Poesía]* (1982), del colectivo de escritores *La otra columna* (1982-1985) y del consejo editorial de la revista *Littera* (1995).

Fue Jefe del Departamento de Diseño Gráfico del Instituto Nacional de Cultura (1990-1992) y Editor Cultural del diario *El Panamá América* (1993-1998).

Ha participado en diversos recitales, conversatorios y congresos sobre literatura, y, además, publica en periódicos y revistas nacionales, tales como: *Lotería*, *Temas de Nuestra América*, *Maga*, *Revista*, *La otra columna* y *El búho*, entre otros.

Aparece en varias antologías y volúmenes colectivos, entre ellos: *Serie poesía panameña actual* No. 2 (Panamá: Ediciones INAC, 1981), *Poetas jóvenes de Panamá* (Panamá: Editorial Signos, 1982), *Poesía panameña contemporánea* (México: Editorial Penélope, 1982), *Casa de las Américas* Num. 150 (La Habana, 1985), *Mairena: Poesía de España y las Américas* (San Juan, Puerto Rico, 1992), *Afán que es una fiesta* (INAC, Panamá, 1996) y *Umbral del canto* (INAC, Panamá, 1997), entre otros.

Su ensayo *La poesía de los jóvenes en Panamá* se publica en el libro *Intentemos la utopía* (Memoria del Primer Encuentro de Escritores Jóvenes de Panamá) (Panamá: INAC, 1992). Su ensayo *La generación de los 80. Una anécdota necesaria* fue publicado en la *Revista Universidad*, No. 46 (1992). Escribió la columna cultural *Ida y vuelta* (Diario La Prensa, 1980-1982); y ha realizado dos videos documentales: *El águila de Azuero* (1995) y *Los diablos de espejos* (2000).

Obra poética publicada: *Futuros ejércitos del mundo* (1980), *Voces en la lluvia* (1983), *La sola mar* (1989) y *Serenas estaciones y otros poemas* (Zapopan, México: El Cálamo Editorial, 2001).

Sus poemas se divulgan, además, a través de la internet, en sitios como: *Argos* (Revista Electrónica del Departamento de Letras de la Universidad de Guadalajara), *Los amigos de lo ajeno*, *El Cálamo Editorial* y otros.

